

LA MUERTE DEL PAPA APOSTOL

Los ojos de la humanidad han estado fijos en una gran persona que acaba de morir, dejando una estela de lágrimas y dolor en nuestros corazones. A las 21,37 nos han dicho que le visitó la muerte para abrirle las puertas de la Vida. Conocíamos su delicada salud, pero nadie se imaginaba que la Parca, de frío rostro, llamara a su puerta en esta primavera, porque, en el fondo, tenemos la idea de que los grandes hombres no mueren, bueno, nuestro corazón no quiere que mueran, nos resistimos a la orfandad.

*“Y entonces vio la luz. La luz que entraba
por todas las ventanas de su vida.
Vio que el dolor precipitó la huida
y entendió que la muerte ya no estaba.”*

(J.L. Martín Descalzo, *Testamento del Pájaro*)

Nos queda su testimonio, testimonio de su vida gastada como un tesoro, en el corazón de los que le queremos... nos quedan sus **palabras** que han resonado una y otra vez en los corazones de innumerables hombres y mujeres de nuestro tiempo, alentándonos -sin caer en pesimismo ni ingenuidades- a no tener miedo "a la verdad de nosotros mismos", miedo "del hombre ni de lo que él ha creado": «¡no tengáis miedo de vosotros mismos!»; nos quedan sus **escritos** plagados de amor a Dios y resaltando la dignidad del hombre. Juan Pablo II ha sido un hombre de fe, de una fuerte y ejemplar fe, que no se dejó llevar por nada, excepto por la Voluntad de Dios, ya que ha estado muy unido a Nuestro Señor por los vínculos de la oración.

El Ministerio de Juan Pablo II ha sido el de un apóstol que nos ha dado a entender la primacía de la evangelización, nos ha abierto los ojos para descubrir la situación concreta del hombre de hoy, sus angustias y sus límites, y salir a su encuentro para decirles que no están perdidos ni desorientados, que Dios sigue encendiendo luces e iluminando estrellas que señalan su presencia, por medio de una Nueva Evangelización: «Hay que estudiar a fondo -dice el Santo Padre- en qué consiste esta Nueva Evangelización, ver su alcance, su contenido doctrinal e implicaciones pastorales; determinar los "métodos" más apropiados para los tiempos en que vivimos; buscar una "expresión" que la acerque más a la vida y a las necesidades de los hombres de hoy, sin que por ello pierda nada de su autenticidad y fidelidad a la doctrina de Jesús y a la tradición de la Iglesia». El Papa Juan Pablo II ha estado empeñado en llamar y comprometer a todos los hijos de la Iglesia en la tarea de una nueva evangelización: «nueva en su *ardor*, en sus *métodos*, en su *expresión*».

«Los jóvenes fueron invitados a Roma el año jubilar de 1985 y respondieron con tanta fuerza e ilusión que así comenzaron los encuentros mundiales. El día de la inauguración del pontificado, el 22 de octubre de 1978, después de la conclusión de la liturgia, dije a los jóvenes en la plaza de San Pedro: "Vosotros sois la esperanza de la Iglesia y del mundo. Vosotros sois mi esperanza"». Ha sido bello que sus últimas palabras las dirigiera también a los jóvenes cuando manifestó en el lecho de su muerte:

“Os he buscado, ahora estáis a mi lado, por eso os doy las gracias”. Lo extraordinario es que los jóvenes no se han olvidado de él y están respondiendo como verdaderos jabatos en estos momentos tan dolorosos, están a su lado, respondiendo a la llamada del Padre, del amigo... Nadie le olvidará, porque ha significado mucho y ha iluminado muchas vidas para tomar decisiones importantes.

Juan Pablo II ha sido un regalo de Dios para la Iglesia y para el mundo, su dimensión humana, su sensibilidad por la causa del hombre le han hecho experto en humanidad. No puedo olvidar mi entrevista con él, en la visita Ad Límina y los centros de interés en los que me centró la conversación. Cualquiera podría pensar que difícilmente podría conocer Teruel, pues lo conocía, sabía perfectamente muchas coordenadas de nuestra Diócesis. Yo comencé por presentarle el resumen de mi pequeño discurso preparado, a modo de síntesis de la vida de esta Iglesia nuestra, pero me llevó a la causa del hombre, me preguntó por la familia, que cómo estaba la vida familiar; se interesó por los sacerdotes y le comenté cómo veo yo la vida generosamente entregada de los sacerdotes de esta Diócesis, me dijo: “cuídalos”. Otra cosa que fue centro de su interés eran las vocaciones sacerdotales y le dije que teníamos pocos seminaristas y pocas vocaciones para la vida religiosa, pero le comenté: Santidad esto lo tenemos como prioritario en la Diócesis, y me he encomendado en los beatos Anselmo Polanco y Felipe Ripoll, mártires, a los que beatificó Su Santidad, para que intercedan ante el Señor y nos envíen vocaciones a la Diócesis que ellos sirvieron. Le manifesté que tenía confianza, que el Señor nos ayudaría y que le ofrecería el regalo de una Diócesis con más vocaciones, se sonrió con beneplácito.

Ahora yo quiero lanzar un grito a los jóvenes de la Diócesis y de España que me ayuden a hacer **este regalo a Juan Pablo II**, que desde el cielo seguro que será también un buen aliado, que no tengan miedo y que si alguno está preguntándose en su corazón sobre su vida entregada, que me escriba, que tengo las puertas del Seminario abiertas y que el presbiterio diocesano se alegraría enormemente de contar con ellos. Ayudadme a ofrecer al Papa el regalo prometido, ayudadme los de corazón generoso, los que no le tenéis miedo a lo que os pedirá el Señor. Animaos, hijos de la promesa, a ofrecer vuestras vidas por una causa noble, de servicio a los hermanos, por amor a Dios. No os puedo prometer una vida fácil, cómoda, sin dificultades, pero sí la seguridad que Dios os dará el ciento por uno y el convencimiento de que quien a Dios tiene, nada le falta.

Estamos asistiendo también a su mayor predicación al mundo, la predicación del testigo fiel, de fuerte fe, la del hombre enamorado de Dios que ha vivido en coherencia. El repaso que se está haciendo de su persona y Ministerio, de su pontificado y su magisterio, que nos presentan los Medios de Comunicación, hará brotar otro milagro, que del leño seco reverdezcan nuevas hojas y se valoren sus palabras de gracia que salieron de su boca para que descubramos el verdadero rostro de Dios.

Gracias, Juan Pablo II, por tu entrega, por los 26 años que nos has regalado.

+ José Manuel Lorca Planes,
Obispo de Teruel y Albarracín

